

"El Correspondiente de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana.)

Redacción y Admón: 17-rue de Mauberge
París.

Año III - Núm: 95.
París 2 de Marzo de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: Epilogo de una comedia. La ley de represión contra la prensa. Una crisis inesperada. Temperamentos inconciliables. Pronósticos. - Extranjero: Las elecciones en Alemania (continuación). La conferencia de Berlín. - Miscelánea: Un libro interesante.

Como era de esperar, y como dejábamos presentar en nuestra crónica del último domingo, el gobierno y Mr. Carnot se inclinaron al fin - et pour cause, como dicen por aquí - ante el temperamento de la mayoría de los representantes del país; y en su consecuencia, el joven duque de Orleans ha sido enviado uno de estos días a un establecimiento penal de provincia - a Blairvaux -, donde no tendrá más remedio que purgar, como el último ciudadano, la pena que le ha sido impuesta, hasta que las circunstancias se presenten más propicias al jefe del Estado para indultarle de una parte de la condena, como había tratado de hacerlo en un principio faltando a los principios de igualdad y de justicia que deben servir siempre de norma al primer magistrado de una nación democráticamente regida y gobernada.

Llenada esta fórmula de acatamiento y respeto a las leyes del sufragio, todo el mundo está persuadido aquí de que la prisión del hijo del conde de París será de corta duración. Algunos periódicos, de los a quienes gusta, por si pesa, anticipar pronósticos en su afán ridículo de crear una fama de bien enterados que luego resulta completamente infundada y absolutamente ficticia, han llegado hasta el punto de anunciar con mucha seriedad que el duque de Orleans no alcanzará el fin del corriente Marzo en su nueva prisión de Blairvaux... Sin negar la posibilidad del hecho, nosotros opinamos, sin embargo, que el gobierno no ha de atreverse a proponer una medida semejante al presidente de la República, ni éste ha de pretender imponerla a sus consejeros, mientras la prensa monárquica continúe vociferando, como lo hace, contra el jefe del Estado

y contra las instituciones actuales en la forma contempladísima por ellos, empleada a partir del momento en que el joven duque de Orleans perdió toda esperanza de ser indultado. Si el gobierno o Mr. Carnot cediesen ante las risibles bravatas de que están haciendo violento alarde los enemigos encarnizados de la situación sería demostrar una debilidad inconcebible y un miedo a todas luces peligroso en los actuales momentos, es decir, dos meses antes de la renovación total de los municipios, en la cual los elementos de ambos campos - monárquicos y republicanos - presentarían seguramente ruidosísima y formal batalla, de cuyo resultado tal vez dependa la mayor o menor estabilidad del ~~último~~ triunfo alcanzado por los amigos del régimen actual en las últimas elecciones generales. Nosotros, y creemos que en esta opinión vamos bien acompañados, persistimos en juzgar de todo punto inadmisibile la idea de que el duque de Orleans va a ser indultado antes de las elecciones municipales. Es en nuestro concepto más lógico que lo sea ^{en} el día de la celebración de la fiesta nacional de la República, es decir, el 14 de Julio. Poco tiempo falta para resolver esta duda.

+ +

Los moderados de la alta Cámara siguen tomando por lo serio y por todo lo alto la cuestión, a la que tan poca importancia se había dado en un principio, relativa al proyecto de reforma penal encaminada a la represión de los llamados delitos de prensa. El senador Mr. Challemel-Lacour, que es quizá, y sin quizá, el mejor orador que tienen los oportunistas en el Parlamento, ha pronunciado últimamente en el Senado una violenta catilinaria que ha causado profundísima impresión en el mundo periodístico, tanto por la forma elocuente con que el ilustre orador la ha revestido cuanto por las gravísimas insinuaciones y verdades de a folio que contiene, a parte alguna exageración que no hace al caso y de que no saben sustraerse jamás los hombres de partido, cualquiera que sea la escuela o fracción a que pertenecieran. Una gran parte de la prensa de París ha puesto el grito en el cielo protestando contra las atrevidas aseveraciones del senador oportunista; pero nosotros confesamos, ajenos por completo a toda parcialidad, que mucho de lo que ha dicho con rara entereza Mr. Challemel-Lacour, está dentro de la más estricta realidad y de una observación de todo en todo exactísima. Es preciso venir a París, y leer a diario los periódicos más importantes que aquí se publican, y codearse con la multitud abigarrada de periodistas, muchos de ellos in partibus infidelium que en esta pas-

quien muere o contra quien ensañarse, para comprender cuanto hay de cierto en los acriminosos conceptos expresados en plena Cámara por Mr. Challemel-Lacour, trazando el cuadro de lo que es la prensa parisiense de todos los partidos en estos últimos tiempos. Varias veces hemos hablado de ello en nuestras Crónicas, de modo que no es esta la primera vez que consignamos un hecho de tal naturaleza y que tanto sepi-ce de la ilustración y buen sentido de este pueblo. De lo que se trata ahora es de poner remedio a semejante estado de cosas. ¿Lo conseguirá el gobierno, lo conseguirá la mayoría del Parlamento inclinándose en favor del proyecto de represión que se está discutiendo en estos momentos en el Senado? Este es el problema. Tal vez seamos harto pesimistas en nuestra manera de apreciarlo; pero mucho tememos que la ley que se discute no ha de servir de gran cosa para cerrar el camino (de difamación y violencia) que se ha lanzado la prensa francesa de esta última generación, y que forma, por decirlo así, la característica de todos los ramos de la literatura en estos últimos tiempos.

+ +

Nadie sonaba ayer mañana en París con que en el espacio de menos de doce horas habría de iniciarse y resolverse una crisis - y una crisis de positiva importancia - en el seno del ministerio. Y sin embargo, esto fue lo que sucedió durante el espacio comprendido desde las diez de la mañana, hora en que tuvo lugar el consejo de ministros, ocasión y motivo de la dimisión de Mr. Constant, hasta las diez de la noche, hora en que su sustituto en el ministerio del interior, Mr. Bourgeois, había aceptado ya de hecho y casi tomado posesión de dicho cargo.

La dimisión de Mr. Constant, que todo el mundo consideraba aquí como la columna más fuerte del gabinete presidido por Mr. Tirard, produjo en París, por lo inesperada, una impresión grandísima. En la Cámara llegó a producir un semi-pánico entre los republicanos. Es inútil decir que los monárquicos y los boulangistas, para quienes Mr. Constant había sido una constante pesadilla, estaban locos de contento. Por su parte los republicanos, divididos, como siempre, en sus opiniones, afectaban distintos temperamentos en su manera de apreciar los motivos que habían podido justificar la salida de Mr. Constant del ministerio; pero ni uno solo, entre los muchos a quienes hemos oído, ha dejado de considerar la retirada del vencedor del boulangismo - como aquí se le llama - como la primera etapa de la gran crisis total que se avecina y que más de una vez, hablando de las condiciones anodinas del gabinete

actual, hemos dejado presentar en anteriores crónicas.

No falta quien supone que, de carácter y temperamento inconciliable con los de Mr. Tirard, Mr. Coustant estaba buscando una ocasión para desembarazarse de la tutela del terco anciano que asumió la presidencia del Consejo, y que ha aprovechado la primera que se le ha presentado en la esperanza de que no ha de pasarse mucho tiempo sin que Mr. Carnot vuelva a llamarle, esta vez para confiarle totalmente la formación de un nuevo ministerio. Es difícil averiguar si tal ha sido la intención de Mr. Coustant, que en estos últimos tiempos ha demostrado sobradamente poseer todas las condiciones necesarias para colarse de rondón en la presidencia del Consejo de ministros; pero no creemos andar muy des acertados pronosticando para una fecha, quizá muy próxima, la vuelta al gobierno de aquel hombre público, y en tal caso, lo lógico, lo racional será, dadas sus condiciones y teniendo en cuenta sus precedentes, que el jefe del Estado ponga a su disposición la ambicionada presidencia.

Una ojeada al exterior.

La avalancha socialista sigue produciendo estragos, ensordecidos en las filas de los partidarios del novísimo imperio. Anteayer tuvieron lugar en Alemania las segundas elecciones para decidir sobre la suerte de los candidatos que habían entrado en ballotage, y las noticias que se van recibiendo de los resultados obtenidos acusan una derrota total y desastrosa por parte de los amigos del gobierno. Los progresistas se llevan la mejor parte en el botín; pero les siguen muy de cerca los candidatos socialistas, los cuales han sido elegidos en más de un tercio, completando con esto de una manera brillantísima su primitiva victoria. Desde ahora puede asegurarse con certitud que en el próximo Reichstag figurará un contingente de 35 a 40 diputados socialistas. En el anterior no había más que 11 representantes del partido obrero. La marea va subiendo en ^{una} progresión geométrica verdaderamente aterradora para los hombres de los viejos moldes y de las viejas instituciones... ¿Es posible creer que el novísimo va a detenerse bruscamente a causa de las decisiones que se tomen en la próxima conferencia de Berlín, como algunos optimistas pretenden? Por nuestra parte optamos por la negativa, convencidos como estamos de que la tal conferencia no ha de resolver de hecho ninguno de los grandes y complicados problemas que forman hoy día la base del movimiento socialista contemporáneo. La sociedad obrera actual, el París de nuestros tiempos, no se contenta ya con simples pletóricos;

quiere la redención completa, y, lo que es más, quiere tomarla por su cuenta y riesgo, o no quiere nada. El socialismo moderno es una utopía científica inspirada por Marx y dirigida en Alemania por un hombre de tesón como Lassalle; quizás no llegue más que a la mitad de su camino...; pero ¿acaso hemos llegado a más, en la realización de otros ideales y en la consecución de otras redenciones, cuyos primeros apostolados fueron también en su tiempo otras tantas utopías...?

Volviendo los ojos a este París, donde, en medio de sus grandes defectos, encontramos siempre algo que produce en nosotros movimientos instintivos de admiración y simpatía, vamos a dar brevemente cuenta de un precioso libro que acaba de publicar un diligente editor de esta capital (Carlos Bayle, 10 rue de l'Abbaye) y que seguramente interesará y excitará desde luego la curiosidad de nuestros lectores de la península.

Nos referimos a la obra Les Espagnols au Maroc (Los españoles en Marruecos) en ella su apreciable autor - apreciable por muchos conceptos - nos recuerda en elocuentes y concienzudas páginas una de las glorias más legítimas de que puede justamente envanecerse la nación española, con ser tantas las que lleva conquistadas y forman como esplendoroso coral de su grandioso pasado y de su brillantísima historia. Mr. Germond de Larigue es un francés de los pocos que en este pueblo tan equívoco en el reconocimiento de glorias ajenas, ha hecho un estudio profundo y sincero de nuestros hechos y de nuestros hombres; y solo así se comprende de que haya podido llegar a escribir un libro donde, como el que nos referimos, se dice de los españoles, y de aquella heroica campaña que cuenta epopeyas como las de Wad-Ras, Castillejos y Betuar, y de aquellos valientes que se llamaron O'Donnell, Prim, Zabala y Ros de Olano y tantos otros que la actual generación ha ya casi olvidado, lo que muchos no dirían quizá en nuestra misma España, donde conocemos más de uno que, por un lado todo, nos llama raza degenerada incapaz de cumplir ningún destino humano, cuando tantos hemos cumplido - siendo la misma raza - dictando leyes, y gustos, y costumbres a otros pueblos y hasta anticipándonos de muchas décadas a muchos de sus pretendidos progresos en la historia.

Con esto queremos decir que el libro de Mr. Germond de Larigue merece, por ser francés su autor, y por estar editado en París, ~~ser leído~~ ser leído por todos los españoles que no hayan olvidado su filiación y quieran acordarse de lo que fuimos y de lo que podríamos ser una, con solo hacer todos a una por nuestra propia casa algo de lo mucho que está haciendo Mr. de Larigue por la agencia.

Arturo Vinardell viv.